



PRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, UN MES, 6 RS.; PROVINCIAS, CINCO RS.; EXTRANJERO, OCHO RS. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—DECENCIA.— OFICINAS DEL PERIODICO: CALERON, 11, MADRID.

NUESTROS GRABADOS.

LA GUERRA

(DIBUJO DEL SEÑOR PEREA, GRABADO POR EL SR. LAPORTA.)

Soledad y ruinas, la muerte y el dolor; devastado el suelo, y convertido en cementerio el que ayer fuera campo de hermosa verdura cubierto. Una humilde cruz coronada la tumba que encierra el desventurado cuerpo del que cedió a su sien el laurel de la victoria si no es que yace insepulta, envuelto por los escombros de la muralla que defendía.

Y todavía vivirá el que sobrevive a la lucha, aguardando la muerte que le arrebató a su hermano.

Dolor y luto y orfandad y miseria; esto queda de lo que fuera ayer alegría, y gozo, y familia y riqueza.

Una solución de continuidad en la historia del progreso.

Y, sin embargo, la guerra es, a las veces, el remedio parador de las épocas y las razas; la guerra, que lleva en la muerte el arma fratricida, y en la izquierda mano el polvo laurel con que engalana al vencedor, al más bravo, al más fuerte, al más hábil ó al más afortunado; con el laurel recompensa las heroidades; heros es el que más mata, el que más vences ó arroja el enemigo, quien nunca tiene razón, ni derecho, que no sabe vencer.

La guerra es el medio de la conquista, de la purificación social y política.

La guerra dió por resultado la constitución de las nacionalidades; fué la base de los derechos y su poderoso auxiliar.

La guerra será algún día la que reconstituya el mundo político y social.

¡Pero es tan cara la guerra, es tan terrible! Todo lo destruye, todo lo tala; y semejante a la tormenta, si purifica alguna vez la superficie, deja durante muchos días, la terrible huella marcada en los pueblos que a ella se confían.

X.

LA TOLERANCIA RELIGIOSA.

Existen siempre para los pueblos, no ménos que para los hombres, principios de eterna justicia que, repugnando tal vez a una concepción estrecha de la vida, se imponen en un momento dado como por propia é interna virtud; encárnase en la historia a título de un derecho divino infinitamente superior a las veleidades del humano alvedrío, y vienen después, en la serie de los tiempos, a hallar ante la razón la completa sanción que les negaran un día la preocupación ó las pasiones del momento.

Uno de esos principios, antes realizado en la vida que reconocido por la opinión; principio evidente y absoluto que no necesita justificarse por sus consecuencias, pues lleva en sí su propia justificación, principio inconcuso que la lógica de los hechos, que es la manifestación de la razón suprema en la historia, había obligado a aceptar siglos há a los países más cultos de Europa, es el de la tolerancia religiosa.

La organización del Estado, la extensión de la libertad de imprenta, el sufragio universal, el jurado, las más de las instituciones que han recibido con más ó ménos justicia en nuestros días el apotivo de revolucionarias, pueden considerarse todavía como temas de discusión, dado el estado actual de las ciencias social y política. La tolerancia religiosa no se halla en este caso: desde las luchas de religión que sucedieron a la Reforma, es esta tolerancia un hecho en la mayor y mejor parte de Europa; hoy es un hecho universal en todos los países civilizados. No queda, pues, ni aun el recurso tan usado por los positivistas políticos—los más vanos entre los empiricos—de calificarla de utopía. La historia es en este punto terminante: en cada página, en cada línea, muestra hasta la saciedad que si alguna pretensión vana é ilusoria se ha abrigado jamás por los pueblos, ha sido la unidad en materia de religión; que esa unidad absoluta no ha existido nunca, ni ya en la antigüedad, en que los dogmas apenas bosquejados dejaban una amplísima libertad al espíritu; pero ni aun en el seno de la piedad y fanática Edad Media, y que allí donde el Estado se ha obtenido en mantener tan impía limitación, la nacionalidad ha sido fraccionada como en la antigua India, ó completamente destruída como el Imperio romano, el coloso de la antigüedad, ó escudada con violencia hasta obligarla a capitular, como sucedió y venció la Reforma a las modernas nacionalidades.

Debía suceder así, si se reflexiona que no es vano ni infringen las leyes permanentes de la vida. El Estado es una institución que tiene un fin pro-

pio, y este fin no es ciertamente el religioso. Tampoco es proclamar al Estado ateo, según han pretendido algunos, como proclamarle gentil, luterano ó católico. Semillante pretensión no es más risible que la de aquel que se propusiera fundar un Banco mahometano ó una Universidad judía; por el solo hecho de jactarse semejantes instituciones de ser la una Banco y la otra Universidad. Ahora bien; si el Estado tiene por fin propio el cumplimiento del Derecho—y solo del Derecho, entendiéndose bien.—deja de ser tal Estado desde el momento en que toma a su cargo objetos que, como tal, en manera alguna le competen; desnaturaliza su misión, al par que conqüiere extraordinariamente sus funciones y cumple mal y torpemente aquellas fines á cuya realización no está llamado.

Y de todos los fines hi manos el que más repugna a la índole del Estado; aquel que por su naturaleza, es ménos apto para desempeñar, es precisamente el fin religioso. El Estado es todo el derecho, todo el fuerza, todo el acción; la religión es toda ella paz, toda tolerancia, toda amor. ¡La fe impuesta por el Estado; la fe ordenada en la Gaceta, garantizada por la fuerza pública, retribuida con rentas ó puestos oficiales! ¡Sal en lo que es la fe los que tal pretenden! ¡Comprenden lo que es y lo que vale ese principio inflexible, irresistible, impalpable, celeste; mérito todo él, todo libertad, todo espíritu, aquellos que, a semejanza de R. Despiere, se abaten en declarar desde el poder que la nación cree en la existencia de Dios y en la moralidad del alma! ¡Cruencia exterior, obligada, furiosa, ¡qué más abyección del espíritu! ¡Quién tal intentara no se habría preguntado una sola vez en el fondo de su conciencia qué pensaría de ella Jesucristo.

Y si, como pretendemos, no se pretende al defender la unidad religiosa, semejarse con el poder del Estado, la fe prescinda de una serie final hipocresía,

mente el fin religioso. El Estado es todo el derecho, todo el fuerza, todo el acción; la religión es toda ella paz, toda tolerancia, toda amor. ¡La fe impuesta por el Estado; la fe ordenada en la Gaceta, garantizada por la fuerza pública, retribuida con rentas ó puestos oficiales! ¡Sal en lo que es la fe los que tal pretenden! ¡Comprenden lo que es y lo que vale ese principio inflexible, irresistible, impalpable, celeste; mérito todo él, todo libertad, todo espíritu, aquellos que, a semejanza de R. Despiere, se abaten en declarar desde el poder que la nación cree en la existencia de Dios y en la moralidad del alma! ¡Cruencia exterior, obligada, furiosa, ¡qué más abyección del espíritu! ¡Quién tal intentara no se habría preguntado una sola vez en el fondo de su conciencia qué pensaría de ella Jesucristo.

Y si, como pretendemos, no se pretende al defender la unidad religiosa, semejarse con el poder del Estado, la fe prescinda de una serie final hipocresía,

misma vive siempre, radiante, inmortal la que ordena con fuerza irresistible, colocada como Dios mismo en un trono que no pueden abatir jamás las revoluciones humanas. Cuando la fuerza intenta proscribir, la exalta; cuando pretende auxiliarla, la deshonra. Hija del espíritu, libre como él por ley y necesidad interna de su naturaleza, tiene la verdad su propia forma de propagación, mediante la convicción profunda que nace de la fuerza misma de la doctrina, se arraiga con la reflexión y se arraiga con el ejemplo. Lo que ante ese poder incontrastable von y valen los poderes de la tierra, puede asegurarse el cristianismo.

Dejemos ya aquí esta incoherente exposición de principios, que, no por ser de todos conocidos, deja de ser un veneno que recordará. Que la unidad religiosa es un principio de gobierno; que es un sistema apoyado en nuestra situación presente, y en todas las tradiciones de la historia nacional; cuya existencia no se impide ni obstaculiza los límites de este trabajo, y á cuyo examen nos proponemos consagrar en lo sucesivo algunas cosas, es de la consideración, esencial en este punto, y que ha inspirado todo nuestro pensamiento. ¿Debe ser la religión negocio de Estados? Es justo, es conveniente, es siquiera posible declarar el privilegio exclusivo de un culto del mismo modo que pudiera declararse una subasta ó una concesión de ferro-carriles? Y en el supuesto de que esto fuera así; ¿Lo consiente por ventura la índole de la religión? ¿Y es que hay, en el último tercio del siglo XIX y en el seno de un país culto haya quien pretenda, se prohíba de orden superior adorar libremente al Dios de todos los hombres, de todos los tiempos, de todos los pueblos; el Sér Infinito que ninguna idea contiene, que ninguna fórmula abraza, que se sostiene en su eternidad sobre toda concepción humana, avuls del género, en la de la caridad, contemplando desde lo alto, con piadosa mirada, los extravíos de todos sus hijos y sosteniendo igualmente á todos con la paternal Providencia! ¿Quién como el Evangelio proclamara esta sagrada igualdad ante Dios que ha borrado tantas injustas desigualdades de sobre la faz de la tierra!

A. Calderón.

UN BUENO.

El *Figaro* llegado ayer publica las cartas que han mediado entre M. Paul de Casagnac y Enrique Rochefort con motivo de la procesion dirigida por éste al primero, desde Génova, y el acto de los testigos que han intervenido en el asunto, y que han sido el príncipe Alejandro de Wurtem, el conde de Herisson y los Sres. George Perin y Ordinaire.

Creemos que nuestros lectores verán con interés estos documentos, que insertamos á continuación por el orden de sus fechas, y abstendámonos de todo comentario. Nuestros lectores los harán.

Carta de Rochefort:

10 Julio de 1875.

A M. Paul de Casagnac.

Por fin he logrado hacermos con varios números del *Figaro* desear de suscribirse infructuosamente. El número de 7 de Noviembre de 1872 publicaba con su firma de V., las siguientes frases á mi dirigida: "El era quien echaba por delante las hordas de la *Comuna*, pero guardando el bulto y reservándose la huída."

Este hombre es un gran miserable. En el número del 18 del mismo mes leo este párrafo instructivo, aunque insultante:

"Cuando el bravo y enérgico Florens pretendía arrojar sobre París las hordas que acompañaban al feroz de Victor Noir, V. encontró ocasión de desmayarse, y era por V. por quien Victor Noir se había hecho matar."

Esta artículo concluye así: "Si lo indultase á V. algún día, á su regreso tendría V. una elección brillante, inmensa, si como la diosa de V. el empirico de acudir á aquellos que aspiran al honor de matarle como á un perro rabioso."

Las injurias de que pido á V. reparación, envuelven por parte de V. un compromiso, el cual no puede V. sustraerse.

Sírvase V. partir inmediatamente para Génova, acompañado de sus dos testigos. Los míos esperan á Vda.

Creo que no invocará V. la prescripción, como hizo con M. Clemenceau. No he sido indultado; el indulto se concede á los que lo solicitan, pero soy libre, exijo la reparación que V. me ha ofrecido por adelantado, y la ruego además que evite que su digno padre se pare á la justicia.

Mis dos amigos, Puisse y Bouvier, que entra-



La guerra (Dibujo del Sr. Perea, grabado por el Sr. Laporta.)

¡qué otra consideración puede abonarla! Suprimase la manifestación exterior de toda creencia que no sea la profesada por el Estado; ¡qué sucederá! Que contra todos los principios del buen sentido, la opinión vendrá á ser un delito; que no será lícito al hombre profesar públicamente otra creencia que aquella que suscite la mayoría de sus conciudadanos; que los más altos intereses, los más sublimes principios de la vida moral, vendrán á resolverse á votación por mayoría absoluta. Y cuando el Estado lleve su magnanimidad á no obligar al individuo á hacer pública profesión de fe,—cosa que en semejante régimen no pasa de ser una graciosa concesión—le dará á elegir entre la religión exclusiva ó la nada; católico ó ateo, obediente ó réprobo, sectario ó impío; no habrá medio.

Y de esta manera se pretende exaltar una fe á expensas de otra, aun á riesgo de perderlas todas. Se desconoce una verdad profunda, atañada de consuno por la teoría y por la historia, á saber, que la protección del Estado es el patrono de las creencias. Nada en la vida alcanza desarrollo y madurez, sin oposición, sin lucha, sin contrastación. La razón, no ménos que la experiencia más

constante, convierten en naciona esta afirmación: Iglesia protegida es religión amenazada; Iglesia exclusiva, religión muerta. Y es que—lo repetimos—si bien del estado mancha las presencias, como el aliento empuja un espejo es el Estado demeritando material, demasiado grosero, permitásemos la frase, para llevar impudemente su acción á este aspecto sancionador del alma. Podrá á lo sumo impedir que llegue á hacerse pública la oposición al sentido religioso dominante; no logrará jamás suprimirla, ni sustituir dignamente el estroño que esa oposición mantendría en el espíritu religioso de la mayoría del pueblo, ni ménos detener el desarrollo y el indiferentismo que, según el testimonio unánime de los creyentes, es el principal y casi el único enemigo de la fe.

Hay más todavía: nadie ignora que en el estado actual de la Europa culta, todos los intereses del pensamiento y de la ciencia se hallan más ó ménos ligados con la controversia religiosa. En semejante lucha, la más grande que han visto los siglos, nada ménos que el Estado está llamado á intervenir. La verdad no necesita que los herejes la sancionen, ni es cuida de que las leyes humanas la proscriban. La verdad no se manda ni se obedece; es ella



D. Carlos Calderón, ayudante de D. Carlos, se ha presentado en la embajada de España en París, para prestar juramento de fidelidad á D. Alfonso XII.

Sobre lo ocurrido en la madrugada de ayer en el cuartel de Santa Isabel, dice el Tiempo:

«Esta madrugada ha ocurrido en el cuartel de Santa Isabel un lamentable suceso, digno de llamar la atención, al ser ciertos los portamentos que se nos comunican, y estamos prontos á rectificar en el caso de no ser ciertos.»

A las cuatro de la mañana se presentó un soldado de la guardia de prevención á uno de los cuarteles manifestando que, de parte del sargento, se dejase relevar. El capitán contestó que mientras el cabo que lo había colocado en aquel punto no se presentase, no comunicaba su consigna á nadie ni entregaba su puesto; esta contestación fué transmitida al sargento, quien al momento se presentó con el soldado, ordenando al capitán que se dejase relevar; pero éste se sostuvo en lo que había manifestado.

En este momento creyó el capitán que su subordinado hacía un movimiento agresivo, por lo que, cogiendo su arma, dió un bayonetazo al soldado; el sargento quiso llamar al capitán, cogiéndole al efecto el fusil; pero éste, retirándose con violencia, parece que hubo de herir en la mano á su superior, y entonces el sargento regresó al cuerpo de guardia, y cogiendo la carabina que en él tenía, se fué hacia el capitán y le disparó el arma, muy próximo, penetrándole en la cabeza, le produjo la muerte instantáneamente. Esta es la versión que corre como verdadera, añadiéndose que el sargento está en el calabozo.»

Refiere nuestro apreciable colega La Crónica de Cataluña, un caso de robo llevado á cabo en una casa de campo llamada de Olivares, situada en el término de San Justo y próxima á San Felix.

Doce ó catorce individuos, armados de retacos casi todos, formaban la partida.

Aguardaban, probablemente, escondidos en las inmediaciones, que nochebuena para penetrar en la casa, puesto que al retirarse los dueños y los trabajadores, trataron de entrar tras ellos; pero al acercarse á ellos, tuvieron tiempo de cerrar la puerta, quedando fuera los malhechores.

Fudieron, sin embargo, coger un chico que sirve de pastor y echándole una cuerda al cuello, le colgaron de un árbol á la vista de los de la casa, con intención, según se creyó, de que saliesen á auxiliarle y, al doble objeto de que no pudiera escapar para pedir auxilio.

Los de la casa y sus dos escopetas, con las que hicieron fuego, y después de un rato escaparon los forajidos, cuando ya ya gente de las cercanías y pueblos inmediatos al oír las detonaciones.

El pobre muchacho permaneció colgado durante veintidós minutos, no pareciendo estrangulado gracias á haber podido meter los dedos entre el cuello y el haz; pero es así el susto que recibió que hubo necesidad de meterle su mano, estando toda la noche y durante el siguiente día en un continuo delirio.

Se ha publicado en San Sebastian la siguiente disposición del general jefe del ejército del Norte:

«Ejército del Norte.—Tercer cuerpo.—Estado Mayor.—Segunda división.—El Excmo. Sr. General en jefe de este ejército, me dice:—Excmo. Sr.: Acordando á las reiteradas solicitudes que han hecho á mi autoridad algunas personas de las comarcas de los Astejos y 2.ª del decreto de 20 de Junio último y mi bando del 19 del actual, he tenido á bien disponer que llevada á cabo desde luego la expulsión, se autorice para regresar á sus hogares á aquellas familias que en el término de un mes, á contar desde la publicación del bando citado, se presenten ante la misma autoridad que

decretó su expulsión, acompañadas de las personas que motivaron esta medida de rigor.

Lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos consecuentes.

Lo que traslado á V. S. á fin de que disponga de sé á este medida la mayor publicidad.

Dios guarde á V. S. muchos años.

San Sebastian 30 de Julio de 1873.—Ramón Blanco.

Señor gobernador civil de esta provincia.»

«Díces de Valencia que los rateros han demostrado sus adelantos en estos días de feria, especialmente en la sustracción de relojes, aprovechando todos los puntos en que por cualquier motivo era mayor el concurso de gente. En una sala de espera de la estación, las quejas de un caballero fueron, por decirlo así, el aviso ya tardío para otros más, que al querer convencerse de que conservaban sus relojes, solo se encontraron con los de cadena.»

De Vinaroz escriben con fecha del 29 lo siguiente:

«Esta mañana, á las diez, ha llegado en el coche de Turcos el Sr. cabecilla Vallés, acompañado de su señora y sus dos hijos. Al bajar del carruaje para dirigirse á su casa alojamiento, los vecinos de Vinaroz, que le conocen bien y que no pueden olvidar que él fué quien pactó la venta de esta plaza, cuya traición les ha costado el desembolso de muchos miles de duros, no pudieron contener su indignación y le dieron una silba más que regular. Por la tarde ha querido salir á paseo, mas no ha podido verificarlo porque la gente estaba muy irritada contra él. Sin embargo, el digno gobernador militar Sr. Dorcal, con su gran prestigio, ha logrado contener á los indignados vinarozcos. Mañana, á las seis de la misma, saldrá Vallés para Alcala, Castellón y Valencia.»

En todos estos pueblos continúan las presentaciones.

Se está trabajando activamente en la recomposición de las líneas férreas y telegráficas.»

Según escriben de Jativa, han comenzado ya las preparaciones para la feria que ha de celebrarse el día 15 del presente mes. Promótese las ensabanas que la feria ha de estar concurridísima, y que será considerable el número de ganados.

Ayer apareció el primer número de La Independencia de la Patria, diario político independiente, que hasta ahora se publicaba dos veces al mes.

En la Bolsa estuvieron ayer los cambios algo más sospenidos que el sábado, y con tendencia al alza.

El 13 por 100 interior se hizo al contado á 16,75, 80, 85, 87 1/2, y hasta 90; si bien á estos últimos cambios hubo poca plaza. A fin del mercado en voluntad, hubo papel durante la hora oficial á 16,50, 85, 87 1/2, 100, 99 1/2, 95 y 17,00. Con prima de 46 céntimos á fin de este mes se firmaron una ó dos operaciones á 17,40.

El exterior se cotizaba á 15,80 y 16,90, obteniendo, por lo tanto, un alza de 15 á 20 céntimos sobre el precio del día anterior.

Los bonos del Tesoro se cotizaron á 51,10 y 60, y las tarjetas de división de los mismos á 50,50 en paridad, y á 43,75 en cantidades pequeñas.

Las obligaciones de ferro-carriles de Julio del 74 se vendieron á 30,00, 30,30 y 30,25. Las de Diciembre del mismo año á 25,75, y las nuevas á 29,45. Como se ve estas valores obtuvieron también alguna mejora en los cambios.

Las acciones del Banco de España estuvieron más deprimidas que el día anterior, habiendo vendido á 157,75; 163,25 y 158,00.

De los valores venidos los carteras se descontaron á 37,50 y 37,25; las de Europa de Enero á 64,75; las de Julio á 65,95 y 35,50; las de exterior no convertidas á 86, y las de bonos del último se maestras á 14.

La muerte me aparta de su camino. La peste que corrumpie, la fiebra que hiera, la mar que ahoga, la tumba que se abre sobre el amor y la esperanza, son otros tantos pesos más que me oprimen del fin.

Me corazon se debilitaba bajo un temor inexplicable, y un dolor inmenso que lágrimas ninguna hubieran podido disuñir. La oscuridad envolvió al peregrino arrullado cerca de la tumba de mármol, á la mujer velada que la tierra había dejado salir, y al ser entregado á las quimeras que nos contemplan á uno y otro. No sé ya nada más...

Una mano que se posaba sobre mi espalda, me despertó: era la de Laura.

Su fisonomía, más calma la que de ordinario, demostraba una viva agitación, y sus ojos extravías se me hicieron estremecer.

«¿Qué os ha sucedido?»—la pregunté.

Me levanté espantada, y aproximando sus labios á mi oído, me respondió murmurando apenas.

«Mariana, la figura que vimos cerca del lago, ¿no acordáis?... Y los pasos que oímos ayer tarde...»

«¿Qué decís!»—la pregunté.

«¡Acabo de verla!... ¡Acabo de hablarla!... ¡Es Ana Catherick!...»

Tan turbada me encontraba por la agitación impresa sobre el rostro de Laura, y tan absorbida por las emociones del suceso que acababa de oír, que cuando este nombre salió de los labios de mi hermana, permaneci inmóvil contemplándola con un silencio feroz.

Laura estaba tan completamente absorta con el recuerdo de lo que acababa de pasarla, que no se fijó en el efecto que habían causado en mí sus palabras.—He visto á Ana Catherick; la he hablado,—repitió como si yo no lo hubiera oído.—Oh! Mariana, tengo tantas cosas que decirte! Venid, venid sin demora á mi apartamento...

Ogüé mi mano, y me hizo atravesar la biblioteca, conduciéndome á una pieza situada en la extremidad del piso bajo, y que había sido dispuesta, como ya lo he dicho, para su uso especial. Allí, salvo su doncella, ninguna otra persona podía venir á sorprendernos bajo ningún pretexto. Me hizo

El amortizado se vendió á 13 con tendencia á mejorar.

El 30, por la tarde, pasaron por Mallerquina, en dirección á Masanes de la Selva y Tordera, las facciones valencianas y catalanas, al mando de Alvarer y Savalls. Los batallones llevaban música, y venían de Santa Coloma de Farnés, en donde permanecieron desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde. Los jefes llevan bandos, y con ellos maltratan bastante á los voluntarios que les siguen.

Ayer despachó con S. M. el ministro de Fomento.

El cabecilla Boet ha dirigido una circular á los habitantes del Maestrazgo, anunciándoles en vuelta á aquel distrito. Dice que su paseo militar por Aragón y Cataluña ha sido una especie de descanso que ha querido dar al Maestrazgo.

Ayer se fijó en la administración central de correos el aviso en que se recuerda al público, que desde el 1.º del corriente no se admiten sino los sellos nuevos para el franqueo de la correspondencia pública.

Han llegado á Madrid 400 prisioneros carlistas escoltados por fuerzas del ejército.

Del 18 al 20 se celebrarán en Híjon las fiestas anuales de la Virgen de Begoña, que tan animadas están todos los años.

Si el Sr. Elduayan sale, como se cree, con licencia para tomar baños, quedará el Sr. Villalva encargado del gobierno de Madrid.

En el Bolson de anoche se hicieron operaciones del 3 por 100 consolidado, á 15,80 al contado, y á 17,05 á fin de mes.

Ayer fué atropellada una mujer por una vaca en Puertacerrada.

A las tres de la tarde de ayer se reunió el Consejo de ministros.

Ayer recibió el Gobierno el siguiente telegrama:

«BARCELONA 2, dos m.—Guerra, Agosto 2, número 1.—General encargado ministro Guerra, Madrid.—Division general Weyler salió en la mañana del día 1.º hacia San Celoni de Gramollers, al anochecer de dicho día ha tenido luego en Breda con facciones reunidas; ignoro detalles. Entre ayer y hoy se han presentado en Mirad á indulto, seis oficiales y 181 voluntarios carlistas del Centro y siete de Cataluña con un total de 180 armamentos; no participo á V. E. noticias de los generales en jefe Centro y Cataluña por hacerlo ellos directamente á su autoridad.»

Durante la madrugada del 30, y entre dos y tres de la misma, se presentaron frente á las murallas de Gerona algunos carlistas, que hostilizaron la plaza con algunos disparos. Las fuerzas liberales les contestaron, y á eso de las cuatro se retiraron. Las fuerzas mandadas por el jefe de la ronda Sr. Moreno, salieron después á recorrer las inmediaciones de la ciudad.

En la Genua, Rossall, Gondall y otros pueblos de aquella comarca ha habido estos días muchas presentaciones de carlistas, procedente de las facciones de Dornagay. En Ulldecona lo han verificado 900, naturales del pueblo, junto con el comandante D. Balbino Jáquez, persona que disfruta de generales simpáticos en el Maestrazgo.

La Agencia Nava nos ha remitido á última hora los siguientes despachos:

«SANTANDER 8.—Esta madrugada, á las cinco, ha llegado á este puerto el vapor correo Mendez Naves, procedente de la Habana, conduciendo la correspondencia, 108 pasajeros en las Cámaras, 27 en cocinera y 110 individuos de tropa.

París 2 (noche, retrasada).—Se espera al duque Constantino para el Congreso geográfico.

FRANCOER 3 (tarde).—Tres redactores de la Gaceta de Frankfurt, habiéndose negado á decir el nombre de los autores de sus artículos, han sido reducidos á prisión.

NOVA YORK 3.—El presidente que fué de los Estados Unidos antes del actual, M. Johnson, ha fallecido.»

A las seis y media de la mañana se nos han facilitado por el ministerio de la Guerra los siguientes telegramas relativos á la insurrección carlista que hoy publica el periódico oficial:

«NOVA.—Al brigadier Corjuha se han presentado en Viana un sargento 1.º, otro 2.º, un cabo y dos carlistas del 3.º navarro; y al brigadier Goffin, un sargento, dos cabos y dos carlistas del 3.º navarro, que se batieron con ocho de á caballo que quisieron evitarlo; hubo dos muertos. Damos los presentados que á no ser por la excesiva vigilancia se presentarian muchos.

«CENTRO.—El gobernador militar de Morella, con fecha 1.º dice: Tengo la gratísima acción de manifestar á V. E. que con las 336 presentaciones á indulto efectuadas en esta plaza, entre comandantes de armas, jefes, oficiales á ind. vñios, y los cogidos por la pequeña columna de usos guardacostas, que recorren las tres zonas en que he dividido el territorio que comprende este gobierno militar, y que por su terreno escabroso y posición topográfica, ha sido una guardia de las escogidas facciones de este Maestrazgo, no hay hoy día un solo carlista armado, habiéndose empezado la evasión en todas direcciones de los correos cometidos por jefes. El espíritu público muy animado; las líneas telegráficas rehabilitadas.»

El general en jefe, con fecha 2, desde Lérida, participa sigue trayendo á dicho punto muchas armas de los pueblos de uno solo mas de 100; los presentados á indulto hoy han sido 18, y entre ellos el acudido auxiliar de guerra D. Manuel Antonio Lepandíño y comandante de armas de Senx. «CATALUNYA.—El general en jefe desde la Seo, en 1.º del actual, dice: «La ciudadela ha hecho hoy 207 disparos contra ciudad y baterías: nuestros 320. Solo hemos tenido dos bajas.»

El general encargado del día, jefe de la capitania general, con fecha 2, dice á este ministerio lo siguiente:

Las facciones Savalls, Adelantado y Alvarez que se hallaban ayer hacia Breda, debieron tomar un encuentro al anochecer con el general Weyler por San Celoni; según noticias particulares, Dornagay y Gamundi, arrojados ayer por el brigadier Uxaon de Solsona, se hallaban ayer hacia Berga. General Cabán con brigada Ballé marchó esta mañana de Calat á Soria por donde se encontraba ayer Casallo. Brigada Acedans en Barrié y Cassola en Carreu; Murria hoy á Lérida y mañana se le incorporará el batallón que le falta; Moreno Villar en Tamarit, y Bilguer, Dolere en Benabarre, Tolva y Vidascamp y Arrando deben estar hacia Olor.

Se han presentado ayer á indulto en Matari seis oficiales y 131 hombres, de ellos 120 con armas de las facciones Adelantado y Alvarez, y siete de las de Cataluña. En Balguer lo han verificado hoy 46 de la facción Gamundi.

La misma autoridad, con fecha de hoy, cuatro y treinta y cinco de la madrugada, dice á este ministerio:

«Weyler, con fecha de ayer, desde Breda, me dice: Después de mi parte de noche, fué tomada la única posición que quedaba en poder del enemigo, retirándose á Arburiá, donde no he podido atacarle porque las fuerzas no conieron ayer ni hoy, y las razones de armas y pan que perdí ayer á San Celoni y Hospitich aún no han llegado; pero sí no lo verificado hoy será mi día; las bajas del enemigo numerosas, habiéndome encontrado muchos muertos; la victoria completa. Las bajas nuestras, aunque sensibles, de mucha menor importancia.»

miliar, que creía yo nadie me volviese á dar. Me levanté sorprendida, pero no asustada, pues aquella voz era demasiado dulce para que inspirase miedo á nadie. De pie, sobre el diantal de la taberna, vi una mujer que me contemplaba curiosamente, y cuyo rostro me era completamente desconocido.

«¿Qué traje llevabas?»

«Llevaba un traje blanco, limpio y bien hecho, y encima un miserable pañuelo de color oscuro, casi transparente á fuerza de uso, su sombrero era de paja oscura, tan miserable y tan usado como su pañuelo. Conoció sin dudar que me había conocido la diferencia que existía entre su traje y el resto de su ayo, pues me dijo hablando de prisa, con palabras entrecortadas.—No miréis mi sombrero ni mi pañuelo; cuando no puedo llevarlo blanco, puesto me importa lo que me ponga. Mirad cuanto gustéis mi traje, de él al menos no me avergüenzo.»

«No es verdad que era un traje tan singular? Sin dejarme tiempo para exponerme, me alargó una de sus manos con el broche perfido. Reconocida y encantada, me aproximé á ella para decirle cuánto se lo agradecía.—¡Queréis conocerme un favor?—Si en verdad, la respondí; me considerare dichosa si pudiese complacerla en algo.—¡Pues bien! Puesto que soy yo quien lo ha encontrado, permitidme que coloque el broche sobre vuestro pecho...» Su petición era para mí tan inesperada, Mariana, y lo hacía con un acento tan extraordinario, que recordé uno ó dos pasos atrás haber que decidí: ¡Ah! me dije, ¡vosotras mirad que me lo hubiera negado!...»

«En su voz, en su fisonomía, como en aquel llamamiento hecho á mi madre con el acento del reproche, había alguna cosa que me avergüenzó de mi desconfianza.—¡Habrás conocido á mi madre! la dije.—¡Hace mucho tiempo de eso! Os he visto alguna otra vez... Al oír estas palabras dejé de colocar el broche, y continué con sus manos sobre mi pecho.—¡No os acordáis, me dije, que en una bella mañana de primavera, allí en Lérida, vuestra madre bajaba el sudario que lleva á la escuela con dos niños pequeños agarrados á sus manos! ¡Vos eris una de esos niños, yo la obra; la linda, la espiritual misa Fariñé y Ana Catha-»

(Continuará.)

FOLLETIN.

EL VESTIDO BLANCO,

por

W. WILKIE COLLING.

(Continuación.)

ble. ¡Esperad y vedréis! La peste que mata á los otros no me tocará, no.

La volví á ver. Estaba aun en el bosque, y sus compañeros de peligro reducidos á un pequeño número. El templo, las idólas habían desaparecido; en su lugar, entre los árboles, vi multitud de grupos de terribles brujas, con el seno en la mano y la flecha sobre la espalda. Mis temores volvieron á renacer, y por á Walter que estavies presente. Volví por segunda vez hacia mí su cara, que expresaba una tan horrible calma.

«Tranquilízate,—me dijo,—este es un peso más sobre el sombrío camino. ¡Esperad, y vedréis! Las flechas que hieren á los otros pasarán á mi lado sin tocarme.»

Por tercera vez la vi sobre la quilla de un barco que había naufragado. Las chulapas, cargadas de gente, se alejaban remando hacia la costa; sólo él permanecía á bordo, destinado, sin duda, á perecer entre las aguas. Le grité abelante que hiciese señas á la barca más próxima para salvar su vida; en traspello rostro y su voz, que ninguna emoción turbaba, me envió otra vez la misma respuesta: «¡Esperad y vedréis! La mar, que va á ahogar á los otros, no me tocará á mí, no.»

La vi por última vez, en fin: estaba arrullado sobre una tumba de mármol blanco, y la sombra velada de una mujer, elevándose bajo la piedra lápidea, vino á colocarse cerca de él. Le calmé sobrehumano de su rostro se cambió en un dolor sobrehumano tambien. Para sus horribles palabras era siempre las mismas.

Cada vez más sombrío el camino,—dices,—¡jadedante, siempre adelante! La muerte arrebata á los valientes, á los jóvenes, á las mujeres hermosas, y

